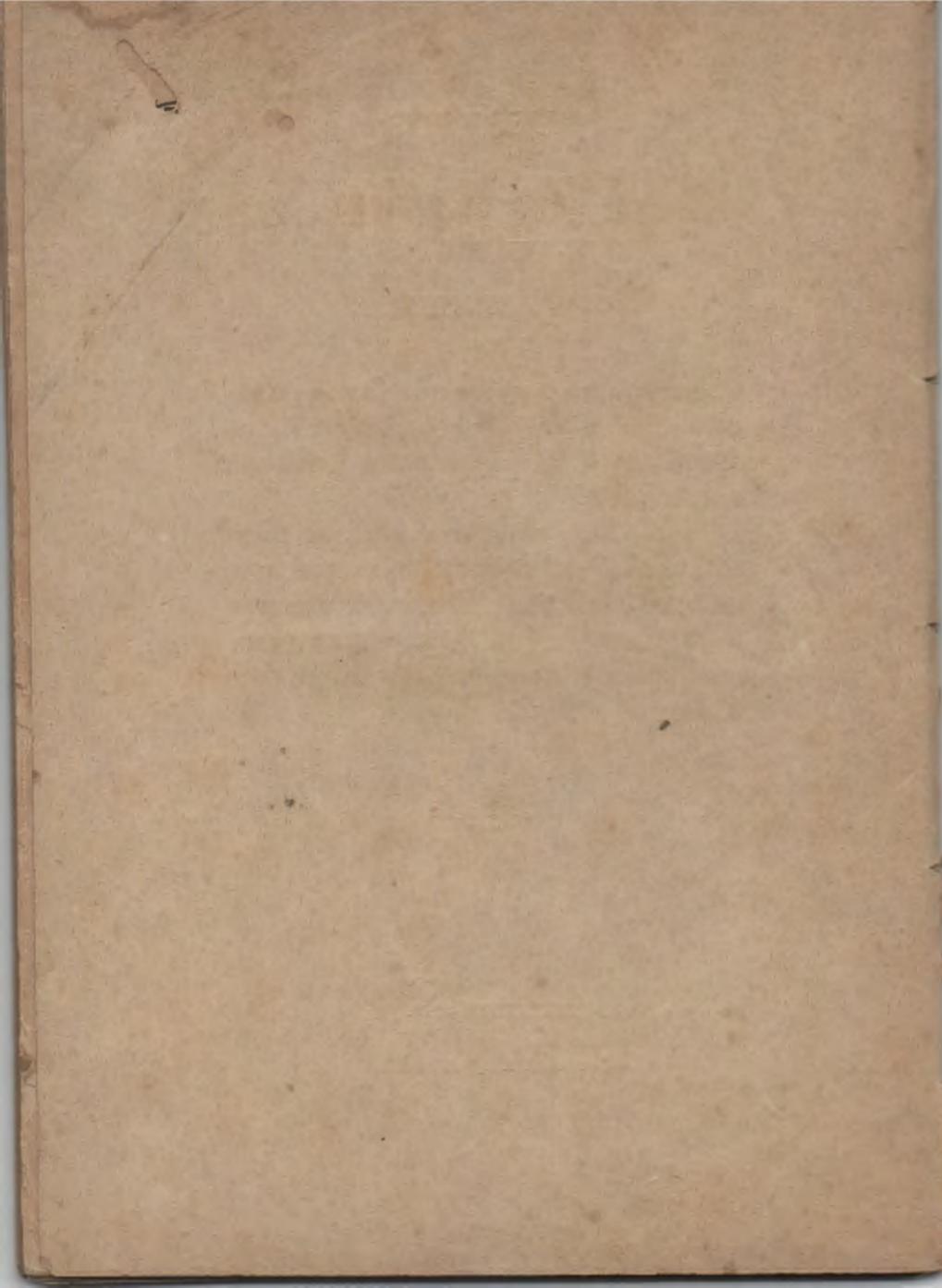


NUESTROS
PAPÉLES PÚBLICOS

APUNTES DESORDENADOS
POR
UN ANTIGUO PERIODISTA

La Voz Montañesa.
El Atlántico.—El Boletín de Comercio.
El Aviso.
El Correo de Cantabria.—La Publicidad.

SANTANDER.—1891.
Imprenta Militar y del Comercio.
Cuesta del Hospital, núm. 5.



A guisa de prólogo

Este libro fué escrito tan á la li-
gera, que quizás algo se diga en él que
desagrade á las respetables personas
aludidas.

Si este *algo* existiese, téngase muy
en cuenta, por favor lo pedimos, que
no fué nuestro ánimo ofender á nadie,
y perdónesenos la falta, como tam-
bién las muchísimas otras de que este
librejo va plagado.

El Autor.

Es propiedad de LA PUBLICIDAD.



La Voz Montañesa

La primera que sale es *La Voz*, porque *La Voz* es obrera, y madruga; luego aparece *El Atlántico*, que, como aristócrata que es, ó poco menos, peca de dormilón y de tardío en desperezarse.

No se concibe un tendero de ultramarinos que, una vez abierto su establecimiento y puestas en regla las cosas, no dedique un buen rato á la lectura «de lo que trae» *La Voz*; como no se explica que un señorón del Muelle no pida *El Atlántico* así que se

despierta, de ocho á nueve; como no se comprende que un comerciante, ya en su escritorio, no desdoble el *Boletín* recién llegado y se le lea de cabo á rabo.



La Voz Montañesa, nadie puede negarlo, es el periódico de Santander que más se lee, y sobre todo, que más se deletrea.

La Voz, que goza de gran prestigio entre las clases populares, se vende mucho; pero se lee muchísimo más de lo que se vende; porque un número suyo basta para diez ó doce lectores, que se enteran en él por turno de las noticias del día: el barbero lo compra, y en la barbería lo leen veinte; piéndeselo después de la taberna de al lado, ó de enfrente, y allí lo leen cincuenta; se lo lleva una pescadera, que se lo presta á un guardia, éste se lo deja á un limpiabotas, que se lo cede á una renovera, la cual se lo entrega á un guarda de consumo, de cuyas manos va á parar á las de uno del orden, á quien se lo piden en el estanco... y así sucesivamente, hasta perderse entre la multitud de lectores que posan sobre el ejemplar la vista. Lo que dice *La Voz* no

puede ser mentira—creerá las clases populares.—Además, entre muy buena parte de éstas, existe siempre una preocupación matutina que deja á diario el sueño en el cerebro: hay que ver *cómo viene la Pacotilla*.



Todos los periódicos tienen su alma, como los violines, y las personas que no son desalmadas, y así como el *Boletín* tiene á Madrazo, y *El Aviso* á Telesforo, y *El Correo* á Río, y *El Atlántico* á Pedro Sánchez, *La Voz* tiene á Estrañi, cuyo espíritu informa el periódico, y al cual, más que á nadie, se debe la popularidad por éste conseguida.

Estrañi, lo han dicho en toda España, y no se hace aquí sino volver á repetir lo cien veces repetido; Estrañi es un escritor graciosoísimo, de un ingenio asombroso, como actualmente se dan muy pocos en España. Hay que fijarse bien en cómo escribe Estrañi: hácelo en una población cuyo vivir tranquilo y metódico, monótono é insípido, no se presta realmente á la burla continua: se la ridiculiza toda ella de una vez sola, y los asuntos se agotan; pero Estrañi es el

misimísmo diablo,—y á él le toca dispensar en este instante;—y este diablo, es decir, este Estrañi saca la punta á toda esta sose-
ría que nos rodea, y tiene suficiente, só-
brada habilidad para ponerla en caricatura
quinientas veces, y todas las quinientas de
modo distinto: es como aquel á quien le
dan un trozo de arcilla y le dicen: anda, in-
géniate y modela con eso cada día una fi-
gura diferente; pero no tosca ni fea, sino
linda, perfecta, bien acabadita, y con todas
~~la~~ reglas del arte escultórico. Estrañi
aceptó el barro, y va saliendo avante en el
duro compromiso: ¡agudeza prodigiosa y
talento privilegiado se necesita!...

El ha hecho reir mil veces con la som-
brerera de D. Santos, que parece imposible
ridiculizar de tres maneras distintas; él ha
sacado á montones la materia caricatura-
ble de la famosa grillera, que no era sino
un caseretón desvencijado, próximo á ve-
nirse al suelo de puro inútil, cuyo aspecto
no era ni mucho menos provocador de car-
cajadas, pues á nadie hacen reir los des-
vencijamientos y las ancianidades; él creó
la Asamblea costureril, cuyas fantásticas
sesiones són la delicia de las mademoiselles
de la aguja; él creó á la Nicanora, tipo

acabadísimo de la costurera santanderina, labrado un día tras otro á fuerza de cuartetas, romances y quintillas; y él inventó un infierno original, de todos desconocido, y dió vida á docenas de personajes grotescos que andan siempre rodando por la *Pacotilla*, de un lado para otro, y cuya existencia real casi llega á ser indudable para los lectores asiduos de aquélla.

Estrañi es gracioso á todas horas, en la vida privada y en la pública: tal como se os presenta *antes de los telegramas*, en aquel rincón del periódico, es en su casa y fuera de ella, entre amigos y entre extraños: en él no se da el dualismo del que es escritor de un modo y hombre de otro: Estrañi siempre es Estrañi...



Otro elemento de *La Voz*, hoy indispensable: Vicente García.

D. Vicente García es un tipo digno del más minucioso estudio: como él se dan cosas en esta ciudad, que es la ciudad de las vulgaridades.

Vicente García ha sido *la mar* de cosas, presbítero entre otras; sabe mucho, mu-

chísimo, en todos los sentidos que se da á la frasecilla: cala, penetra como un verdadero reporter, á la usanza norteamericana: lo que no ve, lo inventa, y "lo que inventa, él busca la manera de que resulte realidad pura: posee á fondo el noticierismo *lioso*, que es el único posible en poblaciones como esta, donde nada pasa. De un grano de anís, hace D. Vicente un tonel de anisado, y de un tonel de anisado, *la fin del mundo*. Se quiere decir que sus inseparables lentes deben de ser de aumento, y de gran potencia, porque ocurre con el buenó y campechano de don Vicente que todo lo exagera y agranda y estira, y como él es hombre de buena fé, después de todo, é incapaz de dañar al prójimo, da motivo para creer firmemente que ve, en efecto, las cosas tal como las pinta, enormes, enormes... terribles, espantosas. Oye decir que hay bacilos en el agua... y hace creer que nos destroza las entrañas el cólera morbo asiático, que nos devora el tifus, que nos estamos muriendo sin saberlo.

La mentira es perdonable cuando se miente con talento; D. Vicente las *hilvana* con tal estudio, que más que censuras admiración merece...

En tales *menchetadas* incurre D. Vicente cuando el día no da de sí para media columna. ¡Y él, pobre infeliz, que se tiene que llenar irremisiblemente medio periódico!... ¡Qué saben esos que censuran las polvaredas sin razón levantadas por el periodismo, lo que pasa en las redacciones!... Esos mismos que reprochan al periodista fresco sus exageraciones, enredos y mentiras, son los primeros que rechazan el periódico si no le prestan interés mentiras, enredos y exageraciones... Es preciso dar gusto al público, y el público, que paga satisfecho por que le engañen, cierra el bolsillo ante la verdad sosa y estúpida. Hay que mentir, y ganar el pan de cada día!... ¡Y felices, muy felices los que saben hacerlo como D. Vicente!

Alguien, Dios sabe dónde, dijo, Dios sabe cuándo, que D. Vicente posee el don de ubicuidad; y en efecto, hablando en serio, le posee... Porque D. Vicente está allí donde ocurre algo, y como nunca dejan de ocurrir cosas en diversas partes, resulta que D. Vicente está siempre en algún sitio cumpliendo sus deberes: para él no hay horas de descanso, ni horas de satisfacer las demás necesidades propias de la exis-

tencia; y él debe de dormir necesariamente, pues que siempre anda despabilado; y de comer, porque de hambriento no tiene cara, y de descansar, porque cansado nunca parece estarlo... Indudablemente, D. Vicente es *ubicuo*, y lo prueban más y más, las transformaciones que sufre: el D. Vicente de hoy no es el D. Vicente de há tres meses; aquél de entonces era un hombre de larga perilla y bien poblados mostachos, de rostro *cervantesco*, ó *peredesco*; el don Vicente de hoy ya no es el mismo: parece así como un barítono de zarzuela algo tronado... Puede asegurarse que el don Vicente de la perilla está ahora descansando de sus pasadas tareas, y el segundo ejemplar del *fenómeno* Vicente García, ha dejado por unos días el presbiterio, que aún no debe de haber abandonado, á pesar de los pesares... de Menéndez Orra.

De aquí á poco hemos de ver el D. Vicente de la perilla cana ir á tomar notas á la sesión del Municipio, en tanto que el García rigurosamente afeitado se agazapa en el lecho, después de entregar al sustituto el chapeo incalificable, el portaplumas de *metisaca* y los lentes, objetos sin los cuales la sustitución se conocería al galope.

¡Y qué bueno es, mejor dicho, qué buenos son esos D. Vicente!... De seguro que ni se han amoscado siquiera por todas estas cosas que aquí se dicen!...

Ah! se explica ese afán de García por fundar una iglesia nueva!

¡Quería introducir en el dogma el *misterio de la ubicuidad*, que es todo un misterio!



Aficionados á dejar para el fin las cosas formales, para el fin hemos dejado al respetado y respetable director de *La Voz*, D. Antonio María Coll y Puig.

El Sr. Coll es hombre de valía: pruébalo una cosa: que es incalculable el número de sus enemigos.

Hombre serio como es y poco dado á chirigotas, no ha de ser en este libro donde se le falte al respeto, como en muchos sitios se le ha faltado.

De Coll y Puig se han dicho pestes, y nadie se ha comido á Coll y Puig todavía... Una prueba del poco afecto que por ciertos elementos se le tiene—aquí se procura hablar clarito,—es lo ocurrido con el ferro-

carril del Meridiano... Dígase lo que se quiera, disímúlese lo que se disimule, ándese ó no con hipocresías, es lo cierto que desde el instante mismo en que D. Antonio Coll y Puig se hizo cargo de la secretaría del Sindicato, comenzaron las envidias, despertáronse dormidos rencores, y aprovechóse ocasión hermosísima para no soltar los cuartos... Los aristócratas, esos á quienes tanto y tan fuertemente ha aporreado *La Voz* en cientos de ocasiones, prefirieron dar lugar á que Santander perdiése una risueña esperanza antes que reconocer en cierto modo una *institución* impuesta por las circunstancias. Bien se sabe al escribir esto que estas cosas no son para díchas en este libro; puede ser que al escribirlas se equivoque quien las escribe, pero es el caso que se oyen cosas y luego se cuentan, porque esta pluma malhadada es como las cotorras, y de la que se suelta, ó se la deja ó se la raja para que no funcione.

Pero no es Coll y Puig hombre á quien rencores de pueblo — porque eso y no otra cosa son estos odiuchos de aldehuela, que hacen daño solamente á la sordina — amilanen y desencuadernen. Las arcas donde está el oro, se cierran; los hom-

bres que debieran apoyar, se apartan; los periódicos que debieran combatir, envainan sus espadas y descargan sus revólvers; Coll y Puig continúa firme, firme en su propósito de llevar á cabo la obra gigantesca que persigue. No la llevará, qué ha de llevar, ni es fácil que la vea llevada; pero fuerza es confesar que otro hombre, ante tantas burlas y tantas indirectas y tantos desaires, hubiera mandado secretaría, sindicato, proyectos y esperanzas á hacer lo que nadie ha hecho todayía, que sepamos; en tanto que D. Antonio permanece inalterable, perfectamente tranquilo, caminando poco á poco, muy á gusto en su machito.

Dicen algunos que en eso del Meridiano caerá D. Antonio de su burro.

Cada cual puede pensar como mejor le cuadre.



Coll y Puig, García y Estrañi son los únicos verdaderos redactores de *La Voz Montañesa*; pero á su sombra, ayudándoles en sus labores, llenan muchos las columnas del periódico, con mejor ó peor acierto, según los intelectos respectivos.

Pasando, á la ligera, lista á los colaboradores del popular periódico, encontrámonos de manos á boca con uno de los que más sobresalen, y á quien debe colocarse entre los primeros: Eduardo Estrañi, *vástago* del famoso *Pepe*. Este D. Eduardo es médico notable, muy digno de ocupar el puesto que entre los médicos municipales ocupa, escritor distinguido, que posee muy abundantes conocimientos en la ciencia que profesa. Sus artículos son muy leídos, por inteligentes y profanos, por éstos con más delectación que por nadie, á causa de ser su estilo tan claro y sencillo, que logra poner al alcance de los menos leídos y más torpes, el *intríngulis* de las difíciles materias que trata, pues difíciles son todas las que con el arte de curar se relacionan.

D. Santos Landa, otro escritor notable, que colabora en *La Voz* con menos frecuencia de la que desearían los lectores del periódico; ha publicado trabajos muy notables, y se distingue en las críticas, que piensa profundamente y razona con muy claro juicio.

Luis Bonafoix, una alhaja, que allí donde pone la pluma, allí arrastra la atención de los lectores. Es ya de todosconocida

firma tan popular como la citada y no hace falta maldita que aquí se la ensalce, estando como está muy elevada en el *escalafón* de las buenas firmas.

Germán Pedrosa, otro escritor montañés, casi principiante, pero que sabe, sabe manejar la pluma. Sus escritos no carecen de gracia, antes al contrario abundan en ella: revelan cultura y espontaneidad muy de humorista excelente, que hacen esperar para próximos tiempos lindos trabajos y graciosas amenidades. Este Germán tiene ya escrita alguna obra de teatro, ó algunas, ni muy buenas ni muy malas, que apuntan disposición para el cultivo del género cómico. Firma *Puchi* ó *Puchera*, y sabe dar buenas palizas.

José Rodao es firma que aparece á menudo en la *Pacotilla*, ó en los *Lunes de la Pacotilla*... Poeta conocidísimo, ha sabido, á fuerza de trabajo, y en muy pocos años, hacerse un puesto en la vida literaria: escribe en muchos y buenos periódicos, y en todos con gracejo y lisura. Digno colaborador de Estrañi.

Emilio Nieto, otro joven aficionado, que promete llegar á donde tantos otros, quizá por menos razones que él, han llegado.

Escribe siempre *en festivo*, y escribe bien, y con ingenio. Adolece de una falta: no limpia. Sin embargo, hace reir con sus ocurrencias, y merece, merece muy mucho salir de las sombras del seudónimo en que gusta de ocultarse, inducido á ello por su modestia, que no es poca. Anima los *Lunes*, cuando le da por animarlos.

Alejandro Nieto, hermano de Emilio, joven de pocos años, que escribe con remuchísima sal, y además con mucha retórica. Conoce bien el ritmo, y le posee á fondo. No ha hecho grandes cosas, pero las hará con el tiempo muy lindas y divertidas, si la sal no se le disuelve.

Julio Delgado, poeta, como casi todos los que anteceden, muy dado al género cómico. Es médico, según dicen, pero ha sabido hermanar la medicina y el epigrama, y si sobresale en aquélla como en éste, buen médico ha de ser con el tiempo. Tiene gracia, muchísima gracia.

Álvaro Ortiz, es, de todos los escritores que colaboran en *La Voz*, el más *hecho*. Realmente posee dotes nada comunes, pero culpas propias ó malevolencias del destino, le impiden figurar tanto y tan brillantemente como debiera. Hoy es joven, pero

cuando lo era más, hizo preciosas cositas, descollando en la agudeza finísima, en el ingenio sutil y delicado, desprovisto de toda nota grotesca. Escribió poesías cómicas, y otras sentimentales bellísimas. En un número, bastante atrasado, de *La Moda Elegante*, vió quien esto escribe no hace mucho un precioso trabajo de Ortiz, que puede servir de fundamento á esperanzas halagüeñas. Periódicos de provincias, muchos son los que han acogido en sus columnas frutos de este casi ignorado ingenio. La historia de Álvaro Ortiz tiene mucho de historia de literato, con toques de bohemio, pinceladas de ilusión, rasgos de infortunio, esbozos de esperanzas y bosquejos de desengaños. ¡Pobre Álvaro! Qué buen chico es, qué talento tiene y por qué senda tan extrañada se ha metido! Hombre débil por naturaleza, empeñóse en enarbolar un pendón, cuyo peso le agobia. Sucumbió abrumado... y echó la culpa al destino. También alguien que anda muy cerca quiso hacer algo semejante... pero se arrepintió antes de cargar con el armatoste.

Otros varios, quizá muchos, ponen también sus plumas al servicio de Estrañi, que las sabe aprovechar para sus *Lunes entre*

ellos se hizo notar un tal Marino, Avellán de apellido, del cual se hizo una burla sanguinaria. Era un infeliz, *era*, porque no es fácil saber en este instante si es todavía, tiempo hace ausente su firma de los *Lunes*.

Ovidábase apuntar á R. Sánchez Díaz, escritor fecundísimo, muy gracioso á veces, y muy tristón en ocasiones, que maneja bien el verso y mucho mejor la prosa, no careciendo de originalidad su estilo, castizo y elegante, aunque algo recargado de tintas. Ha escrito mucho; pero hace ya *Lunes* que no escribe. Si no es de otra parte, es de Reinosa... Esta afirmación á nadie compromete. Sánchez Díaz valdrá mucho, si no se cansa.

Y basta de hablar de un periódico, y pasemos á otros, que á todos ha de tocárselos la molestia de ser puestos en estas páginas.





El Atlántico

Kentremos con el papel *dormilón*,
á quien no agrada, señor como
es, salir de mañanita, como *La
Voz*, á ganarse la corteza.



Lo cierto es que no podemos quejarnos
de la fortuna que á las letras montañesas
ha cabido en estos últimos años, pues de
cuatro á seis á esta parte, y dejando á un
lado á los genios de fama universal, como

el insigne Pereda, han brillado por acá muchos buenos escritores, que con su talento y las circunstancias de su vida social despertaron afición á las buenas lecturas.

Ha sido un relampagueo de vida literaria exuberante, un florecimiento momentáneo, una fertilidad *de días*, lo que se ha experimentado aquí dos, tres años hace, y la brillantez de ese período rapidísimo, porque todo lo bueno dura poco, se debe únicamente y exclusivamente á *El Atlántico*, el periódico montañés que ha hecho más en menos días en pro de la literatura montañesa, que tanto puede hacer aún y que tan poco hace. Porque, ¡ay!, triste es decirlo, lamentable es apuntarlo, tenerlo que confesar es lastimosísimo: ya no hay tal *motor* ni mucho menos, habiendo quedado limitado todo aquél fulgurear de los primeros años, toda aquella pléthora de vida, á chispazos aislados, á *retrocesos* nada frecuentes, á reacciones no bien definidas, á remembranzas desordenadas

«de aquellas alegrías
de los pasados días.»

Pero así son los hombres, y así han de

ser los periódicos, donde la vida de los hombres tan clara y perfectamente se refleja. Realizar trabajos meritorios, no puede ser obra de todos los días, y del mismo modo que los héroes pronto se cansan de serlo, y se echan á dormir sobre sus laureles, *El Atlántico*, tras de haber realizado en meses lo que otros no llegan á realizar en años, hartóse de las dafnáceas hojas, y dió al olvido las otras, las inolvidables *hojas literarias*.

Si queréis enteraros de cuánto ha trabajado *El Atlántico* en pro de la literatura montañesa, hojead, hojead sus colecciones. Aquellas *misceláneas semanales* llegaron en poco tiempo á hacerse famosas por el pueblo y fuera del pueblo, y más allá de los límites de la provincia, y se cortaban siempre y pasaban de unas á otras manos, como se dijo antes que ocurre á diario con *La Voz Montañesa*, con la diferencia en favor de *El Atlántico*, de que éste circula principalmente entre las clases privilegiadas, yendo á parar muchos de sus ejemplares á manos finas y aristocráticas, á cajoncitos perfumados, ante ojos de hermosas niñas, sensibles á las artes de los poéticos escritores de las *hojas*, dominadas por la irresistible

influencia literaria que sobre ellas ejercieron siempre aquellas pláticas del pulcrísimo *Casa-Ajena*, periodista y silfo.

Allí, en aquellas hojas, nunca faltaron plumadas del *trovador gentil* antes citado, cantor de las hermosuras santanderinas, blando, blandísimo, y aun empalagoso como dulce para niña mimada, que mojaba la pluma en miel rosada y usaba pétalos para escribir y no cuartillas. Enrique Menéndez, *Casa-Ajena* según él, *Casa-llena* según Pereda, es, era—porque literariamente ya no existe,—un Garcilaso de la Vega nacido tarde. ¡Qué donoso en el decir cuando le daba por la donosura! ¡qué tierno cuando por la terneza! ¡qué tristón, qué melancólico, qué conmovedor cuando la tristeza, la melancolía y las emociones hacíanse dueñas y señoras de su espíritu abierto á todas las impresiones! ¡Qué candoroso siempre! ¡qué castizo! ¡qué elegante! y ¡cómo á su antojo se doblegaba el hermoso idioma castellano!

Enrique Menéndez es el único escritor montañés que ha sabido ahondar en el alma de las santanderinas. Así como muchos otros hombres de gusto fijanse en los rostros de las hermosas para después decir de

ellos cuanto bueno se merecen, el *Casa-Ajena* que fué, firme en la creencia de que es el rostro el espejo del alma, estudió las almas por los rostros, y vió tantas y tantas hermosuras, tanta nívea inocencia, tanto armiño y tantas virtudes, que por allá se quedó contemplándolas, y nunca volvió en sí de aquel éxtasis. Hízose tierno como tiernos son los corazoncitos de las cándidas niñas; dulce como dulces son sus sentimientos; delicado porque esclavas son ellas de la delicadeza; incapaz del atrevimiento más insignificante, porque timidez veía allí donde estudiaba; ganoso estaba de conservar siempre inmaculado su estilo, limpio y terso como una plata, porque jamás vió máculas, sino sólo limpidez y tersura en las nítidas páginas del libro que era su consultor y su maestro: hé aquí las causas de que lograra en ocasiones *Casa-Ajena* identificarse con sus lectoras, pensar con ellas, adelantarse á sus pensamientos, envolviendo las cosas mundanales con una gasa finísima, fabricada por ángeles, como los rostros de las hermosas vense cubiertos á veces por velos casi impalpables que los preservan del polvo de la atmósfera.

Si los escritos de *Casa-Ajena*, sus cróni-

cas impregnadas de observación finísima; sus harmónicas, sentimentales y delicadas poesías, donde se iba dejando trozos del alma; sus sábados, aquellos sábados famosos, se atraían á cientos las lectoras, no faltaban en aquellas columnas quienes llamasen sobre ellas la atención de miles de lectores.

Cerilla, el simpático *Cerilla*, el graciosísimo *Cerilla*, á quien graves tareas absorbieron el tiempo que dedicaba al solaz de los lectores de *El Atlántico*, que al ver su firma no soltaban el número de las manos hasta haber gozado lo que precedía; el incomparable *Tomasín*, cuya boca era un manantial de agudezas y cuya pluma era á modo de un conducto—¡conducto! qué palabra para que *Tomasín* hiciera un chiste!—por donde iban saliendo, mezcladas con la tinta, todas aquellas agudezas; el gran revistero de toros, que devoraba el papel blanco, llenándolo en segundos de versos y cosas que otros tardarían en pensar docenas de minutos; que *repentizaba* con facilidad asombrosa, como casi repentinó, si quienes lo cuentan no se equivocan, el aplaudidísimo *Yo!*, aquella historia del fresco *Senén*, actor con tendencias á vista

de aduanas, por lo de la constante suciedad de sus manos—y él, si aún anda por esos mundos, perdone este recuerdo;—*Cerilla*, el tan repetido, bastaba á hacer que se fijase sobre el periódico la vista de los menos amigos de lecturas... ¡Lástima grande fué que tan ingenioso mozo no naciese en otra esfera; él se hubiera muerto de hambre dedicado á los versos; pero ¡cuántas carcajadas no hubiera arrancado con su traviesa pluma!... ¡Qué egoístas somos, señor Diputado, qué egoístas!

Ahí viene después Aurelio Piedra, *Stone*, otro que escribió mucho en los buenos tiempos de *El Atlántico* literario, y aún escribe en estos otros no tan buenos de *El Atlántico* político y administrativo y anunciador y noticiero. *Stone*, á quien no es fácil ver por este pueblo, quizá por no ser éste el de su residencia, ó por otras causas, *Stone* es un periodista completo, que conoce á fondo el arte de entretenér á los lectores, de espontaneidad muy parecida á la de Luis Taboada, Estrañi, Palacio; de tanta gracia como ellos, pero de más orden en sus trabajos. Con tiempo ó de pronto, es el caso que *Stone* piensa sus artículos antes de darles principio, pues á la buena de

Dios, *salga lo que salgare*, no se redondean trabajos periodísticos, ciñéndose á un solo asunto, como si se estuviese escribiendo fondos en formal, sacando de él todo el jugo posible, pero no yéndose á decir chistes á los cerros de Úbeda, donde acuden muy á menudo los escritores festivos, cuyo objeto único es hacer reir de cualquier modo que sea, vengan ó no á pelo las gracias, peguen ó no peguen los rasgos de ingenio. Aurelio Piedra tiene mucho de Mariano de Cavia, que es el más *metódico, formal* y erudito de nuestros humoristas.

Tadeo Zortrelli, Alfonso Ortiz de la Torre: otro redactor que fué, muy asiduo, de las hojas. Maneja el idioma como poquísimos, y *se le sabe* como algunos menos. Gusta mucho de pintar con la pluma, de las descripciones brillantes, y *hace ver* realmente lo que quiere que se vea. No llega, ni con mucho, á la *jugosidad*—quizá sea esto un disparate—de colores que tan bien sabe aplicar Pereda, ni á su frescura de tonos, ni á la diversidad de matices que el insigne maestro con tan admirable arte combina; pero, aunque algo *chillón*, hace destacar sus pinturas y logra que se distinga perfectamente el dibujo, que no pierde gran cosa

en el examen del conjunto, por éste ó el otro color más aplicado, ó un matiz empleado impropiamente. Resulta la pintura y eso es lo principal del caso. ¿Se juzga insignificante lograr que una pintura *resalte*? Pues no lo es, que para tal fin necesitanse buenos medios, y los medios con que Ortiz de la Torre cuenta,—talento, delicadeza, sentimiento, *percepción* de la hermosura y estudio en el uso de los colores—no le andan escasos ciertamente, antes bien le abundan. De Ortiz de la Torre, que aún se suele *descolgar* por las columnas de *El Atlántico*, podría salir un buen crítico de pinturas; pero sigue una carrera, si es que ya no la ha concluído, y se extinguirá al fin el escritor, como se va extinguiendo en Menéndez, y en Agüero y en tantos y tantos buenos literatos que *hados* enemigos de las bellas letras hicieron ricos ú hombres de carrera, inconstantes cuando menos.



Estos citados y otros por citar, buenos los unos como los otros, excelentes algunos, fueron en un tiempo quienes principalmente contribuyeron á dar vida á las hojas literarias, trabajando con fe, que re-

conocieron y recompensaron las gentes cultas de la Montaña, y muchas otras que jamás la vieron.

Y entre esos que por citar quedan, háse dejado de propósito más de uno, y entre esos más de uno, el principal de todos, siempre considerando literariamente á un cuerpo de redacción tan brillante como fué el de que hablamos.

¿Quién sino *Pedro Sánchez* ha de ser ese redactor principalísimo?



Cuando *El Atlántico* empezó á publicar las substanciosas críticas de *Pedro Sánchez*, quien no sabia los secretos de aquella redacción, quizá, y sin quizá, creyera que se las había, al leerlas, con un escritor ya hecho, maduro, hombre de años y de experiencias, cuya modestia ó cuya costumbre le impedían mostrarse al público de otro modo que velado por un nombre postizo.

Pero cuando se supo que aquel joven crítico razonador y sesudo, erudito notable y estilista notabilísimo, que manejaba el idioma casi como un Valera, era un jovencete

de poco más de dieciocho abriles, puede que de menos, fué cosa de admirarse y de sentirse avergonzado.

Pedro Sánchez, por otro nombre don José María Quintanilla, es escritor de fuerza y crítico de empuje, y lo viene siendo desde el momento mismo en que dió á los lectores de por acá su primer trabajo literario. Quizá lo fuera desde mucho antes, pero de esos antecedentes nada sabemos los santanderinos.

Pedro Sánchez ha hecho más en seis años que en toda su vida escritores de fama, porque ha sabido despertar energías literarias que dormían el sueño de los justos, y animar á plumas sobresalientes y pinceles bien mojados en arte y en talento, á escribir y pintar lo que indiferencias de unos, desprecios de otros y olvidos de muchos no permitían que saliera de los escondrijos del cerebro donde palpitaba inquieto entre cansancios, temores y desconsuelos.

Pedro Sánchez ayudó poderosamente á salir de las tinieblas en que yacía aquel espíritu que informó *La Abeja montañesa*, de feliz memoria según los viejos, y *La Tertulia*, también digna de recordarse: el amor á las letras montañesas, el re-

gionalismo literario aplicado á esta región hermosísima.

Él, alabando á unos, fortaleciendo á otros, dando consejos y prodigando benevolencias, ha sido el caudillo que ha guiado, desde la corte primero, y desde acá más tarde, siempre con su pluma inagotable y espléndida, á esas huestes juveniles que comenzaron á luchar con tanto brío y que ya hoy parecen haberse fatigado, tras la separación casi absoluta de elementos valiosísimos.

Todos aquellos escritores párrafos atrás citados, y muchos otros que no lo fueron por olvido, jóvenes unos, viejos otros, defendieron valerosamente contra la indiferencia y *algo más* la bandera enarbolada por *Pedro Sánchez*, siempre dispuestos á combatir, como los caballeros andantes en pro de la razón y en favor de la hermosura con las puntas de sus lanzas, en pro del amor á la Montaña, y de la adoración á Pereda y del afán de prestigio literario, con los puntos de sus plumas.

Se ha dicho ya que buena parte de aquellos escritores que tanta honra consiguieron en meses, no quisieron continuar amontonando laureles en años, y dieron al traste

con la literatura... ¿Quién no se cansó nunca, ni se cansará seguramente? ¿Quién continúa enarbolando el pendón que él mismo desplegará al viento ansioso de lucha y sediento de victoria? ¿Quién prosigue firme en su puesto manteniendo vivo el fuego sacrosanto?.. *Pedro Sánchez, Vestal* masculino de la literatura montañesa. Ese mismo *Pedro Sánchez*, doctor graduado, dueño de una carrera envidiable, seguida con brillantez inusitada, que á otras lides le llama, si no tan gloriosas, por lo menos más productivas que las literarias.

Muy joven aún, no desengañado todavía, quizás concluya algún otro monumento bibliográfico como el *De Cantabria*, libro notabilísimo, que le habrá enseñado mucho de lo que son labores literarias, y cómo ellas obtienen la debida recompensa. Seguirá al pie del cañón, pero, fuerza es decirlo, cada día menos animoso, cada día más próximo á dejarse coger por el abatimiento.

Se acabarán las municiones—la ilusión —y caerá como todos.

En lo muy bueno cabe lo relativo, como en lo pésimo. No será atrevimiento afirmar que *Pedro Sánchez*, sin dejar de ser muy

excelente escritor, pierde un grado de bondad cada trimestre,—pongamos trimestre, por poner algo. *Pedro Sánchez*, dedicado hoy casi exclusivamente á las labores del periodismo, va ganando paso á paso como periodista algo, muy poco, que va perdiendo como literato.

Pedro Sánchez es constante mantenedor de ideas rancias muy dignas y propias de hombres de talento; pero nada conformes con los gustos y las tendencias de esta época de general corrupción, en que el gusto literario se ha corrompido, como todos los gustos. De aquí, de esta *salud* que disfrutan las aficiones literarias del castizo *gacetillero*, han nacido reñidos debates con el graciosísimo *Pepe*, con Estrañi, el fustigador *pacotillero*. En tales discusiones, en una especialmente no hace mucho tiempo sostenida, motivada por una diversidad (aparente) de apreciación en materias teatrales, si Estrañi se mostró como siempre, implacable adversario, temible por su potencia ridiculizadora, burlador invencible, muy capaz de echar al suelo sin más que un chiste, con sólo una guasa disparada á tiempo, toda una pirámide altísima de razones y argumentos, amontonados á fuerza

de erudiciones, sudor y paciencia; si Estrañi hizo lo que era natural que hiciera, siendo el que es su oficio, el de reirse de todo el género humano, *Pedro Sánchez*, que como escritor sesudo que es, tomó al principio las cosas en serio, fuése rebajando, rebajando en el debate, se hizo agresivo, punzante, contundente, púsose al nivel mismo de Estrañi, y demostró que si su pluma sabe vomitar primores y delicadezas sobre las cuartillas, acierta asimismo cuando quiere á convertir la tinta en hieles, y á ir vertiendo á su paso ironías espantosas, insultos atroces. Y resultó que Estrañi se satisfizo con mortificar á *Pedro Sánchez* y *Pedro Sánchez* se fué al bulto. No hizo menos el fogoso gacetillero cuando quitó jierro á la gloria del famoso inventor del submarino: ¡con qué dureza se burló de los que de él se burlaban!... ¡Y cuánta razón le vino á dar el tiempo!...



Dejemos al alma literaria de *El Atlántico* y vayamos á otros que ponen sus plumas al servicio de este periódico.

Nada ha de decirse de los hermanos Gu-

tiérrez Cueto, trabajadores incansables, y modestos como buenos trabajadores, porque si el uno, don Enrique, es hombre de los más versados en las tareas periodísticas, que sabe decir verdades como templos y dar consejos de sabio en aquellos articulitos que aparecen de cuando en cuando por las columnas del periódico, llenos de buen sentido, pensados juiciosamente y bien fundados en razones; y el otro, don Antonio, es un héroe del periodismo, que ya se *tagrifica* discursos enteros de políticos, fiscales ó abogados defensores, que al buen Job le hicieran salir de estampía, y se los escribe al lenguaje común sin dejar palabra; ya vierte la gracia á raudales en la graciosa *Buñolería*, donde azota de lo lindo y de la manera más urbana y *política* posible; ya corre á los *lugares del suceso*, cuando alguno grave ocurre, y ejerce de *reporter* hábil é infatigable, y se va al rincón más apartado y salvaje de la provincia, ó se *apodera* como sabe y puede de los *secretos del sumario*, para dejar atrás á las mismísimas piernas de don Vicente García y á las mismísimas cavilaciones, penetraciones, deducciones y suposiciones del mismísimo, y enterar á los lectores *c* por *b* de todo el *lio*;

si uno es buen escritor, censor autorizado y director dignísimo, y el otro burlón de sombra, reporter inteligente y hombre de hacerse un periódico él solo en horas de cabo á rabo, como ni uno ni otro se dan á luz, porque su modestia, que es muchísima, como queda apuntado, les impide hacerlo, ningún derecho hay para traerlos á estas páginas, para alabarlos como se debiera... y ojalá que la poca justicia hecha líneas arriba no les cause desagrado ni les produzca disgusto.



Y aún quedan en aquella casa buenos escritores de que hablar muchísimo, y de los cuales preciso es decir muy poco.

Duque y Merino (D. Demetrio), escritor de mérito, que ha llegado más lejos, cojo y todo, que muchos de buenas piernas. Posee á la perfección el habla castellana; ama á su Reinosa,—que es amar, porque no es tierra ella muy amable que digamos, y no se dice esto por sus habitantes, que serán todos muy dignos;—escribe preciosos cuentos, en que hace intervenir donosamente cosas y personas campurrianas; *siente* á Casimiro Sainz, ese pobre loco que honra á la

Montaña más que miles de cuerdos, y muestra aficiones á copiar íntegros documentos de tiempos del rey Perico, que maldito lo que á nadie le importan.

Gabino Gutiérrez Gómez, joven muy conocido en la ciudad, cuya ilustración, cuyo talento y cuya valía moral, hánle colocado más que de prisa á una altura á que no pudieron llegar, aun esforzándose, hombres ya maduros y no menos ilustrados. Gabino, como le llaman todos, penetrados de lo mucho que él agradece tales confianzas, modesto como es, á imagen y semejanza de todos los hombres privilegiados, es un poeta vigorosísimo, como no hay por acá ótro, pues si bien los hay de más delicadeza y más dulzones, no se encuentran más enérgicos y valientes. Cree, y cree en Dios, y bien se sabe cuánta inspiración prestan á imaginaciones fecundas tan santas creencias. Comenzó en *La Verdad*, el periódico inolvidable, y sigue más valiente cada día... Hace tiempo que descansa... ¿Será también de los vencidos por la pereza?...

Evaristo Rodríguez de Bedia, escritor cuyo solo defecto consiste en creer que aun estamos en el año 58. Sus artículos fantásticos, calcados en la historia y exornados

con inocentadas de comedias de magia, valen mucho, se leen mucho é interesan mucho; pero hubieran valido, se habrían leido y hubiesen interesado mil veces más hace 30 años. Sin embargo, las mujeres se dejan llevar por aquellas relaciones lindamente escritas, y se commueven aún—¡aún!—ante las desdichas del doncel, los amores de la hija del rey moro ó las indiscreciones de la *mandrágora*.

Ricardo Olaran, otro escritor castizo: dejó el verso, que *manejaba* gallardamente, y se aplicó á la prosa, que domina con acierto; su estilo, que recuerda los tiempos en que el autor era poeta, por resabios que nunca desaparecen, abunda en colores y demuestra buen estudio del idioma. Olaran escribe poco... ¡La perezal...

Mingo Revulgo, — Domingo Gutiérrez Cueto,—escritor amenísimo, que sabe pelear con brío, y que será mucho si insiste. Aunque joven, es ya ducho en lides periodísticas, y en diarios de Madrid probólo repetidas veces.

Neápolis, — Francisco Espínola,—escritor de ingenio agudo, que no deja escapar ocasión de decir un chiste, recargando de agudezas sus escritos: tiene muchos y muy

buenos, y hace tiempo que calla... ¿Otro vencido?...

Don José María Cagigal, el primer escritor higienista de la Montaña, el cual viene constantemente batallando por que se haga de este puebl̄ un pueblo habitable sin peligro. Pero Santander es como Dios la hizo, y basta que aquí se aconseje algo bueno, para que nadie quiera ser aconsejado. Con esto lo que conseguimos es que el ilustradísimo Sr. Cagigal se canse de predicar en desierto, y nos deje morir por docenas, sin volver nunca á meterse á proponer medidas para hacer que la mortalidad disminuya. Las personas sensatas, que lamentan que de ese dichoso caseretón de la Plaza Vieja no salga nada bueno, comprenden cuánto se esfuerza Cagigal por que su plan de reformas higiénicas se plantee, y cuán inútilmente se esfuerza; y de esas personas, unas censuran al pueblo de Santander por su lenidad y su abandono; otras admiran el heroísmo, el valor cívico de D. José María, y otras, las que pueden, emigran de aquí antes de mascar gérmenes peligrosos á todas horas.

Rafael Martín, Antonio García de Quevedo, *Ax Coe Schnip* (Concha Espina), don

Ricardo Guijarro y otros muchos nombres honraron las *hojas*, de poetas realmente notables, entre cuyos trabajos se han leído no pocos dignos de ser impresos en libros aparte y guardados bien guardaditos en las bibliotecas. ¡Quisiéramos que este libro fuese como un misal de grande, y nuestra inteligencia la suficiente para juzgar, alabándolos mucho, á tan estimados escritores!

Y así podría seguirse largo rato, amontonando nombres y nombres, todos dignos de alabanzas, y luego, en lo alto del montón, pues que les corresponde ocupar siempre los puestos más altos, podríase colocar á Pereda, el insigne; á Escalante, el ilustre; á La Fuente, el tantas veces ensalzado; á don Angel de los Ríos, el tan elogiado por su talento y respetado por sus canas, y á algún otro de fama que se olvida de seguro.

De estos últimos, ¿quién dice justicias, si ya la han hecho, como es debido á tan preclaros ingenios, otros que lo son mucho, críticos dignos de emplear su ciencia en tales críticas?

Hagamos aquí punto, repitiendo lo que al principio se dijo, que es lástima grande que *El Atlántico* no sea ya en punto á li-

teratura sino débil sombra de lo que fuera...

Pero haciendo constar que si algo ha perdido como periódico literario, ha ganado muchísimo como diario político-administrativo y noticiero, pudiéndose afirmar, sin temor á herir la susceptibilidad respectable de otros papeles, que es de lo más autorizado de la población, lo cual no es de extrañar, dada la elevada clase de las personas que tiene por amigos.





Boletín de Comercio

RARA periódicos formales el *Boletín de Comercio*. No miente, ni trasnochá, ni dió jamás al olvido la santificación de las fiestas, ni se vende por las calles *con el crimen de ayer*, ni *trae* literaturas, ni chistes ni sutilezas. Primera plana, mercados; segunda plana, noticias de todo el mundo, relacionadas con el mercantilismo; reseñas brevísimas, y copias de exposiciones de los contribuyentes, *Memorias* de las sociedades anónimas, solicitudes de la Cámara de Comercio,

discursos de este senador ó el otro diputado, pero todo prosa, prosa insopportable á veces, que de tal peca la prosa oficial generalmente; tercera plana, el extracto, más bien la quinta esencia de los *partes* á la Alcaldía, ó las noticias del Gobierno civil, en estilo telegráfico; una carta de Madrid —la mejor que publican periódicos locales, —y una corta sección de telegramas, corta porque sólo se da al lector el *argumento*, sin los accesorios que el mismo requiere: es decir, que en el fondo, tan buen servicio telegráfico tiene el *Boletín* como el resto de la prensa que no carece de tal servicio. Lo demás, trozos de la tercera y total de la cuarta, anuncios á porrillo, buques que entran, buques que salen, buques que están para entrar ó para salir del puerto: un cargamento de maíz que se ha recibido, una empresa marítima que se ha fundado, una Sociedad mercantil que empieza, una compañía explotadora que acaba, avisos de este Banco, advertencias del otro, cosas, en fin, de interés para los traficantes, todo menos clichés de medicinajos, que son el lastre de los papeles públicos. El *Boletín*, hablando con retórica... ramplona, es bajel que cuenta siempre con buen cargamento, y no le

hace falta maldita apelar á la arena y al cascote.

Hojasatrás se dijo que no se concibe comerciante en cacao, maíz, harina, etc., que no desdoble diariamente y lea el *Boletín* apenas llega á su escritorio. Es el consultor de todos los mercaderes acaudalados, y á quien ellos dan más crédito que á ningún otro periódico. Otros papeles que saben hacer las cosas, no han podido lograr, como lo han intentado en diversas ocasiones, influir en las negociaciones mercantiles publicando noticias de los mercados. El *Boletín de Comercio* goza de toda la confianza de los ricachos del Muelle, y no son éstos hombres que en todos confian: su trabajo le ha costado al respetable periódico ser objeto de tales consideraciones, y buenos años se ha llevado firme en la tarea de hacer que las simpatías se truequen en tales ilimitadas confanzas.

Es el *Boletín* como esos ancianos graves, prudentes y dignos de ostentar hilos de plata en la cabeza, que cifran todo su empeño en andar siempre pulcros y decentes y portarse como tales, dando consejos sin causar enojos, censurando sin producir disgusto y alabando á quienes bien lo mere-

cen sin dar lugar á peligrosos envanecimientos. *El Boletín de Comercio* es el único periódico de Santander que no se *prodigia*, que no da bombos—gratis ó pagados—á todo el que los pide, sino que procura siempre dejar su imparcialidad á salvo, cualidad rara en periódicos del día, como lo es aquella otra de que no explote las desgracias, los crímenes y los siniestros, y la de no salir á callejear diariamente, á la expedición de plazas, esquinas y paseos, que sí, que deja, pero que *rebaja* la dignidad de las publicaciones, siquiera sea poquíssima cosa.

Materialmente, el *Boletín* es el periódico del pueblo que mejor *sale*, no sólo por lo que á su administración se refiere, sí también por el esmero con que se le prepara en la imprenta, á la cual honra el lujo del diario.



Se dijo también *hace* algunas hojas, que Albino Madrazo es el *alma* del *Boletín de Comercio*.

Se dijo bien, porque así es efectivamente.

Madrazo es el único redactor del periódico, y es hombre que vale para ser único

en cualquiera redacción de periódico formal como el citado, pues sabe mantener la dignidad de la prensa como poquísimos.

En estas luchas del pueblo, que más bien parecen, según más atrás quedó apuntado, estúpidas rencillas de aldea, de que ha sido escenario muchas veces el estadio de la prensa, á todos los periodistas, salvo cuatro ó seis excepciones, les ha tocado sufrir chinitas y aguantar indirectas, cuando no arrostrar chaparrones de insultos á cual más gordos.

Don Albino, nunca, por lo menos de seis ó ocho años á esta parte, ha sido puesto en solfa, agraviado en papeles públicos, ofendido con injurias veladas, ó descaros intolerables. Siempre se mantuvo á distancia en toda disputa, y si en ellas intervino, fué para encauzar las opiniones, razonar juzciosamente y *elevar* la discusión hasta donde la urbanidad exige. Puede repetirse: Madrazo ha entendido la misión de la prensa.

Madrazo es poeta, tierno y delicado, al estilo de Enrique Menéndez, aunque no llegó nunca á dominar el lenguaje con la relativa perfección con que éste le domina. Hizo Madrazo preciosas composiciones

poéticas, llenas de sentimentalismo y preñadas de ternezas. Los aficionados jóvenes casi no conocen al don Albino poeta. Cuentan de él los socios que fueron del antiguo Casino Montañés, de feliz memoria, donde tantas veces se dejó oír la voz de don Albino, lector de sí mismo con frecuencia... ¡El Casino Montañés! ¡Qué ratos tan deliciosos trae ese título á la memoria!

También es don Albino prosista notable, y así lo dicen muy alto algunas *críticas literarias* publicadas en el *Boletín* en ocasiones solemnes, á raíz, por ejemplo, de la aparición de joyas de Pereda. Pero es tan modesto don Albino, que ni siquiera las ha firmado.

Como *reporter* puede afirmarse que no es gran cosa Madrazo. Porque los *reporters*, como el *inquieto* don Vicente, no cesan de correr de un lado á otro, y á don Albino no se le comprende sino andando poquito á poco, con los dedos pulgares montados en el chaleco, debajo de los respectivos sobacos, y mirando á su alrededor con aire indiferente.



Colaboradores, aunque pocos, algunos tiene el *Boletín de Comercio*.

Entre ellos sobresale D. Faustino Odriozola, hombre infatigable, gran conocedor de las cosas del comercio, y á cuyo talento, empleado siempre en servicio de este pueblo, debe Santander no pocos beneficios.





El Aviso

Y dejemos á un lado la prensa de la mañana, gente formal toda ella y bien arrraigada en el tan manoseado *estadio*, y vamos á los papeles de la tarde, que no son grandes papeles ciertamente, pero que en punto á honrados y dignos bien pueden compararse á cualesquiera que de tal tengan fama.

El Aviso es un periódico *muy* santanderino, porque en Santander el elemento preponderante es el elemento burgués, y el elemento burgués, si bien cada día menos,

gusta de buscar *cosucas* en *El Aviso*, que es el papel preferido de las señoras y señoritas de la clase media.

Eso de *cada día menos*, no se ha dicho á humo de pajas, porque ocurre con *El Aviso* lo que con todas las cosas existentes, es á saber, que tienen su *época*, como la flor tiene su lozanía, el fruto su madurez y la mujer hermosa su *plenitud* de belleza. La flor se amustia, el fruto se pudre y la mujer envejece. *El Aviso* está en su ocaso, del que no sería difícil quizás sacarle, pero cambiándole de modo de ser, transformándole por completo, pues tal como hoy sale á luz, responde perfectamente á los deseos de los lectores... del año 75.

Pero *El Aviso* puede, ahora que ya no es lo que era,—sin que esto signifique intención de hacer ver que *se va*, sino muy al contrario, deseo de que se advierta á tiempo esto que se apunta, y se haga por que no se vaya,—puede, cosa que no está al alcance de todos, recordar punto por punto su historia, limpia de bajezas, de indignidades, de cambios de frente, de *buscas*, de adulaciones, y de otras mil y mil faltas, á cuya comisión no sólo inducen, sino que arrasta insensiblemente las *cosas* del oficio.

El Aviso se limitó siempre á contar, y á contar cortando, es decir, á contar de la manera menos *intencionada* posible, por boca... de lo que fuese el colega mutilado.

El Aviso es, más que un periódico de noticias, un *resumen*, un *extracto* de las noticias dadas por los demás periódicos. Es una *crónica* de la Montaña, en la cual se van recogiendo sin prisa las *verdades*, los reporterismos confirmados.



Literariamente, *El Aviso*, en sus buenos tiempos, á poco de fundarlo aquel inolvidable Pineda, era el papel predilecto de los escritores de *buena casa*, y en sus columnas vieron la luz pública docenas de preciosos trabajos, obra de muchos que luego formaron aquel escogidísimo núcleo—que tardará muy buenos años en tener sucesor digno—encargado de redactar en su mayor parte las *hojas literarias* de *El Atlántico*.

Pasó tiempo, y se fué aislando aquello, y hoy ya no es, como queda dicho, ni sombra de lo que fué, y menos lo sería, á no contar con la ayuda poderosa de don Fermín Bolado Zubeldia, y con la abundancia de recursos de Telesforo Martínez.

El Aviso «era» Telesforo Martínez. Cuando hombre de tanta sombra, como aquí se dice, hacia el papel, ó medio le hacía, ya auxiliando á Olaran, ya ayudando á otro cualquiera de sus redactores, *El Aviso* era muy buscado por si traía algún golpe de *Teles*.

El y sólo él hizo célebres las máquinas Singer en Santander: ¡qué regocijo no producían aquellos sueltecitos, siempre de diverso modo hilvanados, anunciando los tales artificios mecánicos!

«Se acaba de recibir un telegrama de Rusia conteniendo graves noticias.

El czar ha sido acometido en su dormitorio por mil nihilistas, los cuales le hubieran asesinado en menos de un segundo, á no dar la casualidad de que el czar se hallaba en aquel momento crítico cosiendo una elástica en una máquina sistema *Singer*, de las que se venden en la calle de la Blanca, número tantos...»

Y estas salidas se celebraban todos los días, en cafés y círculos y casas particulares, á carcajada tendida.

Esto aparte de las cosas de Telesforo que no trascendían al periódico, pero que contribuían en mucho á que éste anduviese por ahí lleno de vida.

Mas á *Teles*, ocurrióle eso que antes se dijo de las flores, los frutos y las mujeres, y ya no es aquél de entonces, aun cuando no ha olvidado todavía ni piensa olvidar, según es de presumir, la buena costumbre de divertirse.

Y con el humor de *Telesforo* se va extinguendo el efecto de los números de *El Aviso*.



Hablamos de la ayuda poderosa que presta á la publicación de que se está tratando la pluma, reputada como muy buena y cortada á veces como muy pocos saben hacerlo, de don Fermín Bolado Zubeldia.

Por culpas suyas, por culpas ajenas ó por culpas del destino, á quien él maldicé á menudo, es el caso que don Fermín no ha obtenido aún la recompensa debida á sus muchos merecimientos.

Bolado es un hombre que vale; pero no se ha enterado todavía.

Bolado es un hombre que debiera figurar en posición tres veces más alta de la en que figura; pero no cree él, por lo visto, que pueda ser verdad tanta belleza.

Si no se debe esta afirmación á un error

de entendimiento, Bolado posee nada menos que el título de Licenciado en filosofía y letras.

Y, en efecto, es un filósofo y un literato con licencia; es decir, en situación de reemplazo.

¿Por qué? Cosa de él es contestar á tal pregunta.

Quien ve á don Fermín por vez primera y habla con él y le estudia un rato, se cree habérselas con un hombre ilustrado de esos que se dan por docenas, porque en ocasiones—perdón si se le ofende—hasta discurre con torpeza.

Pero hay que oírle hablar cuando coge el corazón y lo pone en la palma de la mano, ó cuando un contrario de bríos, le toca con el áspid de la sátira, en la más delicada de sus fibras, en lo de sus opiniones políticas y religiosas. Es tradicionalista convencido, pero tan convencido, que es imposible con él toda disputa, mucho más con esas formidables armas con que cuenta: su ilustración y su talento.

¿Y cuando está enojado por otras causas y se pone pesimista? ¡Qué verdades echa por aquella boca!

Cuando critica *confia*, destroza, y todo

lo ve negro, gangrenado, corrompido; y da en el clavo, ¡vaya si da!, precisamente por eso, porque todo es corrupción en este pícaro mundo.

En don Fermín Bolado se da también una *ubicuidad*, como en don Vicente García.

Cuando quiere, es un escritor castizo, docto entre los que más y erudito como los que menos, que ni martiriza ni hiere susceptibilidades, ni causa al prójimo comedezones.

Pero cuando Bolado, por causas de esta ó la otra naturaleza, se deja llevar *temporalmente* de su aversión al género humano, va dejando caer sobre el papel hieles y vinagres, y soltando azotes y alfilerazos escribe artículos que producen erosiones y levantan ronchas; mas hace esto, no cobardemente, como otros escritores amigos de hacer perjuicio que se ocultan en las sombras del anónimo, sino poniendo su firma al pie como diciendo:

Y lo que él aquí escribió
mantenido está por él.

Es una cualidad nada común que, des-

pués de todo, merece alabanzas, aquí donde hay tan grande afición á tirar la piedra y esconder la mano...

Don Fermín tiene enemigos, muchísimos enemigos.

Prueba de que vale.



Respecto á la colaboración, cuenta *El Aviso* con muy poca. Emilio Nieto, C. Ordóñez, y algunos otros aficionados suelen enviar allá algunas cosejas. Lo demás, lo colabora la tijera.





El Correo de Cantabria

SIEMPRE ocurre que el que más se desvive y más trabaja por el prójimo, es aquel de quien menos caso el prójimo hace, y así sucede con este buen periódico, *El Correo de Cantabria*, que debiera contar por miles los suscriptores.

Porque es el tal, de todos los periódicos de Santander, el más «santanderino», el que más se cuida de las cosas de su pueblo, que en otras redacciones donde se rinde culto á la política, ó á los conflictos inter-

nacionales, se juzgan baladíes, pensando que no es cosa digna de hombres talentudos, de maestros de la opinión, distraer á ésta con menudencias de alcaldía de barrio, con la rotura de una losa, la existencia de un bache, el pésimo estado de un imbornal ó los malos olores de una alcantarilla.

Éstas cositas, que sólo insignificancias parecen á primera vista, absorben por completo la primera plana de casi todos los números de *El Correo de Cantabria*.



Este modesto periódico, ahí donde le veis, tan sencillo y humilde, tan sin pretensiones ridículas, ejerce de Mentor y sienta á veces plazas de profeta. Siempre está aconsejando en sus columnas, sin que, como siempre, se haga de sus consejos maldito el caso; y se dice como siempre porque, en efecto, las señorías autoridades de la localidad «tienen en muy poco» las parrafadas de los periódicos, y se les importa un ardite cuanto puedan decir ó digan, lo cual proviene de la «mansedumbre» de la prensa local que razona.

Sienta á menudo plaza de profeta *El Correo de Cantabria* porque prevé con mucha anticipación «las consecuencias» y sabe «lo que va á venir» y lo que «puede aca-rrear». «Ese montón de estiércol! —dice todo azorado en el artículo de fondo.— Vere-mos cuando ocasione una enfermedad y tal vez una ó más muertes, lo que hace el Mu-nicipio.»

Y nadie se ocupa del estiércol, y luego viene á ocurrir, que de la inmundicia se han escapado emanaciones nocivas, que han ocasionado nada menos que una epidemia... Nadie se acuerda ¡qué se ha de acordar! de *El Correo de Cantabria*, por aquello de que no tiene tamaño suficiente para que se le haga caso, que aquí, y los lectores santianderinos no pueden negarlo, se juzga á los periódicos, no por lo que digan, ni por lo que piensen, ni por la razón con que piensen y digan, sino por la anchura y la largura de sus páginas... Como en Cuba, donde los periódicos no tendrán substancia, y estarán escritos por sinsontes y con grasa de lechuga, pero en cambio dan papel abundante para cortar patrones...

Ello es que, hágase ó no aprecio de lo que dice, *El Correo de Cantabria* suelta

verdades de á folio, y se las suelta á cualquiera, que es lo que probablemente le hará llenar de borrones á menudo el libro de suscripciones.



Allí quien manda es don Sotero Roiz, persona apreciable y dueño del periódico. El hace en su imprenta mangas y capirotes, y si no, pásense por allí los lectores y fíjense, que han de ver muchas veces á don Sotero cortando.

Pero si Roiz manda, Río hace lo que se le antoja, porque es el redactor en jefe del periódico. Río, Alfredo del Río, *Ríos* que es como se le llama, es un periodista de los más genuinamente montañeses, de la clase de los Bolado y de los Telesforo.

En Santander conocen á Río hasta las ratas, que es conocer, lo cual no ha de extrañar, ya que el bueno de Alfredo se mete tantísimas veces con su periódico en las alcantarillas.

Alfredo del Río es un *reporter* á la antigua, del año 80, de hace una decena de años, que representan casi medio siglo, en estos tiempos en que se vive un mes en un minuto.

Río se entera á fondo de los sucesos antes de dar su relación á la estampa, y eso, que es medida de prudencia, es grande óbice para arrastrarse tras de la pluma la atención de todo un público. El *reporter* de hoy no espera á confirmar noticias, ni comprobar informaciones: cuenta todo aquello que le dicen, inventa lo que ignora, y añade á su gusto lo que falte... ¿Que resulta todo lo relatado pura mentira?... ¡Mejor! ¿Cómo se llenarían los periódicos si no fuera por eso de las rectificaciones?...

Alfredo del Río es literato de talento, poeta de vena, y gran amigo del jolgorio. Ha escrito mucha literatura excelente, y ha sido músico, insoportable, pero músico, al igual que su compañero don Fermín Bolado, que también lo es, y también insufrible... Alfredo tiene su poco de historia de *bohemio*, y *estuvo en boga*... Hoy, dicen que además de noticias, hace alguno que otro negocio, y también aseguran que es corresponsal... ¡de un fabricante de guano!



El Correo, pequeño y todo como es, cuenta con una falange numerosa de colaboradores.

En primer término figura, ó figuraba, el chispeante, ingenioso fustigador e ilustrado arquitecto del Municipio, señor don Joaquín Ruiz Sierra, autor de aquellas crónicas tituladas *La Semana pasada*, que firmó *Secadura*, en las cuales atizó don Joaquín de firme, demostrando conocimientos de todo, que en efecto posee, y muy vastos, y una agudeza nada común, y una fréscura menos común todavía. Este don Joaquín también ha escrito mucho en *El Atlántico*, pero en *El Correo* está, ó estaba en su elemento, y se ha leído mucho, muchísimo de él en tal periódico, á cuya lectura prestó vida y animación durante una temporada. Ruiz Sierra, periodísticamente considerado, *tiende al perpetuo celibato...* porque escribiendo no se casa con nadie.

Federico Iriarte de la Banda, otro colaborador notable de *El Correo*. Es este joven uno de los pocos poetas de verdad que por acá tenemos. Escribe con sencillez que encanta, y sabe sentir muy hondo la hermosura de esta hermosísima región montañesa. Sus versos brótanle del corazón, en el cual atesora Iriarte gran copia de sentimientos dulces y suaves ternezas. Ha escrito varias obritas dramáticas, alguna de

ellas capaz de ablandar el alma de más duro temple.

Patricio Pérez Cuevas, otro buen colaborador de *El Correo*. Escribe bien, muy bien, especialmente en prosa. Dicen que escribe también preciosos versos; pero el autor de estos párrafos nunca vió poesías de este escritor, digno de ser colocado en el lugar de los excelentes.

También escriben allí Emilio Nieto, que es un asombro de fecundidad por lo que se va viendo; y Julio Delgado, y muchos otros aficionados, jóvenes ó viejos, que en su mayoría se ocultan en las sombras del seudónimo.

Resultado: que las *Variedades* de *El Correo* son variadas y amenas, gracias á esos Sres. citados, y á otros que no se citan, por olvido involuntario, que sinceramente se lamenta.





La Publicidad

Khe aquí, lectores, al autor de este libro en la parte más peliaguda y dificultosa de la obreja. Porque si á él le dejaran, alabaría aquí también á quienes lo merecen, como ha venido haciéndolo al hablar de otros periódicos; pero sucede que la empresa que edita este folleto, edita el papel apuntado arriba, por lo cual, los elogios más justos van á parecer aquí reclamos, si caen estas páginas en manos de gentes maliciosas.

Pero, ¡qué diablo!, piense cada cual lo que

se le antoje, y vamos á seguir amontonando justicias, que no por pueriles escrúpulos se ha de dejar de hacerla á quienes bien la merecen.



La Publicidad, hasta ahora, no resulta periódico literario; pero todos ó la mayoría de sus redactores saben bien «para qué sirve la literatura» y cuánta hermosura encierra y cómo se la cultiva para que broten tales hermosuras.

Periódico de la tarde como es, y exclusivamente dedicado al adelantamiento de noticias, hecho como está de prisa y corriendo, porque en publicaciones de esta clase la precipitación es la madre de los éxitos felices, claro es que no puede dedicar horas tranquilas á la confección de números literarios, para cuya publicación, además, necesitanse reunir muy numerosos elementos, cosa imposible á periódicos modestos como el de que se trata, cuyo fin principal es hacer que arraigue aquí un diario noticiero de la tarde, para luego, abierto el camino, entrar en la realización de ciertos proyectos, de resultado feliz, indudablemente.

Mas, á pesar de esa dificultad en el hallazgo de los elementos á que se alude, no faltan en aquella redacción literatos y periodistas tenidos por todos como buenos, y muy diestros en las lides de la prensa.

Allí, que se sepa, hay plumas respetables, de hombres de carrera, y entre ellas una que vale por dieciocho, de una persona respetabilísima, y encanecida en el estudio. Pero nada es dable decir de tales personas, que siempre, al honrar las columnas del periódico, firmaron con un signo, ó con un seudónimo, ó no firmaron con nada.

Van á menudo por aquella redacción modesta, donde no se hace otra cosa que trabajar sin descanso en las horas de la tarea, un señor *Arturo*, que no es otro que don Eduardo Fernández Almiñaque, escritor *hecho*, que ha sabido salirle al paso, y no sin valentía, á aquella persona respetabilísima á que arriba se alude. Este don Eduardo es una especialidad del periodismo, pues con la misma facilidad se pone triste que alegre, se incomoda que se guasea, escribe en prosa que escribe en versos llenos de sal y de miga. Es deplorable hasta cierto punto que haya adquirido una carrera, *incasable*, también hasta cierto

punto, con las agudezas y las ingeniosidades, porque de no ser médico, quizá fuese periodista, y lo sería excelente.

Otro redactor de este diario: Lorenzo Domínguez Lasala, alias *Pipi*, un escritor de lo más chispeante que Dios ha echado á este mundo. No es periodista precisamente, pero lo ha sido, y ha de volver á serlo pese á las prosas comerciales. Es capaz, hablando, de hacer reir á un santo de cartón-piedra. Ameniza con sus *Intermedios* muy mucho las columnas del periódico. (1)

Un elemento indispensable en *La Publicidad*: Eduardo Matheu Díaz. Este joven escritor es un estuche, lleno de alhajas. Se da en él un caso rarísimo, nada común en redactores de periódicos. El, en muchas ocasiones, publica artículos en el diario sin invertir un solo instante en escribirlos; porque le ocurre que es tan excelente tipógrafo como escritor, y coge el compenedor, se arrima á la caja, y va componiendo sus artículos á medida que los piensa. Es

(1) Al entrar en prensa estas últimas páginas, *Pipi* ya no está en Santander, pero sigue siendo redactor de *La Publicidad*, cuya empresa ha de trabajar cuanto pueda, según dice, para volver á traérselo.

modestísimo, lo cual le impide figurar como debiera en muchos sitios donde pone su pluma, en muchas publicaciones en que aparecen sus trabajos. Ha sido redactor de varios importantes periódicos de Andalucía y Madrid, entre ellos *La Palma de Cádiz*, y *La Reforma Burocrática*, y lo sería de alguno más importante a ún, si no le gustase más la «obscuridad» del taller que la luz clara que alumbra de continuo el estadio de la prensa. Matheu Díaz escribe lindos versos, llenos de sentimiento y ternura, lo cual es rarísimo, ahora que á todos los aficionados jóvenes le da por los cómico. Ha hecho además alguna obra dramática, en la cual probó que es un versificador de primera fuerza; pero ahora, ya próximo á abandonar para siempre la dulce edad de las ilusiones, ya en los *funestos treinta años*, no se acuerda para nada de eso de la poesía. Hace perfectamente... para su estómago, en no dedicarse al cultivo de la fantasía; pero es deplorable que le haya abandonado por lo que á las Musas se refiere, porque éstas, por mediación de Matheu, podrían haber *parido*, que vino á decir Cervantes, algo digno de fama.

Matheu es en *La Publicidad* algo más

que redactor: es *sastre*; porque, respetándole todos como le respetan por sus conocimientos profundos en eso de la confección de periódicos, dedicase allí, con el general beneplácito, á hacer mangas y capirotes, como, si no estemos equivocados, dijimos que hace en otra publicación alguno de sus redactores.

Belisario Santocildes Palazuelos... ¿Quién no conoce á este notable *experiodista*, y periodista otra vez ya, que no se niega á llenar con trabajos suyos no pocas columnas de nuevo periódico? Santocildes es otro periodista *segado en flor*, cuando empezaba á estar en boga, en el reducido círculo de los lectores santanderinos, y con esperanzas de estarlo por mucho tiempo. Informó con su talento y su espíritu activo é infatigable *El Progreso de Santander*, aquel periódico que tanto prometía. Belisario escribe verso y prosa y cuanto viene á pelo, y ha escrito hasta folletines en el periódico de que se viene tratando, uno de ellos, muy notable, sobre la Escuela de Comercio de esta ciudad. Santocildes constituiría un gran apoyo en la redacción de *La Publicidad*... si no anduviera siempre tan de prisa.

Don Luis d'Hers: otro auxiliar muy efi-

caz en la redacción de este modesto diario de la tarde. D'Hers no es un gran literato, pero es un escritor laborioso y concienzudo, que escribe correctamente el francés y el castellano, y que se halla encargado de aportar al periódico noticias del extranjero. También escribe bonitos artículos, que firma, bien convencido de que nada pierde su nombre al pie de ellos.

Un exconcejal, constante remitente de *notas* para artículos: este buen señor, cuyo nombre no se estampa aquí porque le produciría un disgusto al aludido verle estampado, no «escribe» nunca: se limita á inspirar los trabajos. Esto dice él; pero en la redacción se tiene por costumbre enviar sus *notas* á las cajas tal y como él las envía.

Martín Martinho, una persona que nos honra con su colaboración amena é ilustrada. Se ocupa mucho de cosas del extranjero, y escribiría mucho más de lo que escribe si graves ocupaciones no se lo estuvieran impidiendo á cada instante. Su nombre verdadero no es el apuntado, pero para serlo le falta poco.

Marcial Unzué (Ricalma Nuezu) es otro apreciable redactor del *joven* y ya popular periódico de la tarde. Este chico, que ape-

nas cuenta 20 años, es un periodista que puede con el tiempo serlo muy bueno, se halla encargado de las *correspondencias*, que envía á menudo de diversos puntos de la provincia. Es poeta á medias, y ha escrito bonitas cosas.



Los lectores asiduos de *La Publicidad* habrán advertido que este periódico dedica siempre una columnita á la primera enseñanza.

Esta sección, muy digna de ser leída, especialmente por los señores maestros, corre á cargo de uno que lo es muy distinguido y digno de respeto, cuyo nombre no osaremos imprimir aquí por temor á herir su modestia, que es grande.

Este buen señor escribe con corrección y se hace notar por su energía en la defensa de los intereses de los profesores de primera enseñanza, tan olvidados en este pobre país, donde sólo viven bien los políticos y los toreros.

Además, en *La Publicidad*, escribe todo el que á bien lo tiene, sea sobre los asuntos que sea, y ocúpese de quien se ocupe. Envíense los artículos firmados ó sin firma,

á las cajas van todos ellos, siempre que no envuelvan infracciones de la ley de imprenta. Así sucede que aparece un artículo en *La Publicidad* y muchos saben de quién es, y el director y los redactores, no sólo no lo saben, sino que tampoco lo preguntan.



La Publicidad—esto se dice por encargo de la empresa—no tiene más fin que adelantar noticias, proporcionar lectura y anuncios baratos; pero, ¡oh pasmo de esplendidez!, anuncio diario y periódico diario y regalos como este libro, que si vale poco, otros valen menos, sólo cuestan una peseta al mes, el colmo de la baratería.

En efecto, dice por su cuenta el autor de estas líneas, no puede ser más barato.



PARA TERMINAR

Antes de poner fin á este librejo, digamos cuatro palabras más acerca de los periódicos de que aquí se ha hablado.

La Voz es federal, y es consecuente.

El Atlántico es político y no es político; se inclina hacia donde le parece, y goza de autonomía absoluta.

El Aviso ni pincha ni corta en eso de la política.

Pero, en cambio, *El Correo de Cantabria* ni corta ni pincha.

Y *La Publicidad*, si continúa viviendo, que si vivirá Dios mediante, á seguir como hasta ahora aumentando por días el número de sus favorecedores, no sólo no pinchará ni cortará, sino que se dejará cortar y pinchar antes de meterse en política, según sus redactores.

FIN

ÍNDICE

	PÁGINAS
La Voz Montañesa	5
El Atlántico	21
Boletín de Comercio	43
El Aviso	51
El Correo de Cantabria	59
La Publicidad	67



LA PUBLICIDAD

ULTIMAS NOTICIAS DE LA TARDE

POR UNA PESETA AL MES:

Periódico diario.

Un anuncio diario de tres líneas, gratis.

Derecho á escribir cuanto se quiera y cuando se quiera en las columnas del diario.

Regalos como el presente y otros mejores que se preparan.

Preciosos folletines, en forma encuadernable, impresos con el mayor esmero.

LA PUBLICIDAD es el más barato de los periódicos anunciadores.

LA PUBLICIDAD es el más barato de los periódicos noticieros.

LA PUBLICIDAD se da casi gratis.

EN PREPARACION

MÚSICOS Y PINTORES

SEGUNDO TOMO

DE LA

Biblioteca de LA PUBLICIDAD

Gratis á los suscriptores de este periódico.